

¡Pero si es inútil; si yo ya no puedo nada!

Llaman con los nudillos en la puerta del fondo, sobre los cristales.

PABLO

¿Quién?

ISIDRO

Su voz, entreabriendo la puerta.

Pablo, ¿estás ahí?

PABLO

Saliéndole al encuentro.

¡Padre!... ¿entonces?...

ISIDRO

¡Esta vez, cuando vuelva, ha de decírmelo á mí, á su padre y á la cara, que es mentira!

TELON

## ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior: únicamente la luz ha cambiado. Está encendida una lámpara que cuelga del techo y otra, de trabajo, con pantalla verde, sobre la mesa. Pablo, pegada la frente á los cristales, observa, por la ventana, el exterior.

GLORIA

Entrando por la lateral derecha.

Pablo, ¿es cierto lo que cuenta Isidro?

PABLO

No sé; ¿qué cuenta Isidro?

GLORIA

¿Por qué ha vuelto?... Dice que viene á buscar á Carmen, para hacer con ella un viaje muy largo; que lleva meses preparándose para ese viaje. ¿Lo sabías, Pablo? A mí no me ha dicho nadie nada.

PABLO

¿Pero no sabes que está loco? Cosas de él, Glorita.

GLORIA

¿Verdad que sí?... ¡Me entró una angustia oyendo al viejo!... ¿Qué haríamos nosotros si Carmen se nos fuera?

PABLO

Con ella ó sin ella, hermana, trataríamos de cumplir nuestro deber.

GLORIA

¡Sería tan tristel...

PABLO

Pensaríamos en tí, Glorita; tú tienes derecho á ser feliz y casi tocas con las manos la alegría de tu vida; pero como estás un poco débil, sin un brazo en que apoyarte, te desmayarías, tal vez, á media cuesta. Pues á ti ha de consolarte pensar que en muchos rincones del mundo, á estas mismas horas, hay unos hombres desinteresados, buenos, que no piensan en sus dolores propios, que no te conocen

siquiera; pero que junto á una mesa como ésta, inclinados sobre unos cristalitos como éstos, dejan pasar las horas estudiando fervorosamente, ávidamente... ¿Sabes para qué?... Para averiguar en qué consiste tu dolor; para curarte á ti... ¿Y quieres que yo no les ayude?... ¿y quieres que, para ayudarles, no olvide mis tristezas, si las tengo?

GLORIA

Tomando su mano y besándola.

¡Pablo!

PABLO

Pues ya ves cómo un deber, Glorita, pensándolo bien, vale la vida.

GLORIA

¡Lo que veo es que no me engañaba el corazón! ¿Qué pasa, Pablo?... Porque no son sólo despropósitos del viejo: á ti también te encuentro extraño. No hablas como para darme á mí razones, sino como para dártelas á ti... ¿Qué pasa? Cuando tú dices cosas que más llegan al alma, es cuando sufres más: lo sé de siempre.

PABLO

Con ironía triste y dulce.

Tú has oído decir que hay ciertos pájaros que cantan mejor cuando les han quitado los ojos y por hacerme un cumplido, diciéndome que canto bien, das por sentado que estoy ciego.

GLORIA

Ladeando la cabeza, sin darse partido.

¡No, no, Pablo; te conozco!

PABLO

Que ha vuelto á ponerse en pie golpeándola cariñosamente en el hombro y tratando de serenarla sólo con el gesto.

Vamos, vamos...

Se dirige otra vez á la ventana y mira por ella; hay un silencio que corta PABLO, preguntando.

¿Qué hace Isidro?

GLORIA

Me parece que en estos meses ha vuelto á su costumbre fea.

PABLO

¿Bebe?

GLORIA

Coñac.

PABLO

Pues se lo he dicho ya: se está matando. ¿Con quién le dejaste?...

GLORIA

Con Enrique. Ya había tenido una agarrada con Engracia, que quiso arrancarle la botella y á punto estuvo de hacerle sangre con el vaso, tirándoselo á la cara—y habla, y habla!—Parece que Enrique le ha aquietado un poco. Pero ahora voy yo. Porque Enrique tendrá que marcharse.

PABLO

¿No iba á cenar con nosotros esta noche?

GLORIA

Cuando todavía no sabíamos que estaba Isidro en

casa. Una humorada nuestra. Descontábamos de antemano tu consentimiento...

Se queda mirando fijo á PABLO, como para averiguar si es cierto.

PABLO

Sí, hija mía.

GLORIA

Más animada.

...Y á mí me hacía ilusión esta primera cena de los cuatro, casi en familia: Carmen y tú; Enrique y yo. Por eso fué el rogarle á Carmen que volviera pronto: me lo había jurado. Pero ahora...

PABLO

De todos modos, yo prefiero que Enrique se quede esta noche hasta más tarde: aunque Carmen no vuelva.

GLORIA

No debe inquietarte, en todo caso. Me dijo que salía á asuntos tuyos y estará en casa de Arroyo.

PABLO

Sí; ya sé.

GLORIA

Ahora tengo remordimientos de haberla instado tanto. No sé qué me pasa: como si algo nos amenazara, y yo, sin querer, por egoísmo estúpido, hubiera precipitado los acontecimientos. ¡Qué cegueral

PABLO

¿Gritan?

ISIDRO

Su voz, dentro.

¡La oigo!... ¡es ella!... ¡suelta, Enrique!

GLORIA

¡Otra vez el pobre viejo! ¿Qué le pasa?

Y al abrir la lateral derecha para averiguarlo aparecen en ella el viejo ISIDRO, congestionado el rostro, más caído al parecer que en el segundo acto, y agarrado al brazo de ENRIQUE.

ISIDRO

Con ansia desde que entra en escena.

¿Ha vuelto?

PABLO

No.

ENRIQUE

A ISIDRO.

¿Ve usted?

GLORIA

¿De quién habláis?... ¿De Carmen?

PABLO

¿No quiere usted hacerme caso?... ¿Tiene más que estarse en su cuarto, recogido? Yo iré luego á verle, se lo juro. ¿Por qué le has consentido que viniera, Enrique?

ENRIQUE

Oyó hablar y pretendía que era Carmen.

PABLO

Ya ve usted que no.

ISIDRO

Ten caridad... Me parece que no estoy para inspirar desconfianza á nadie. Ya esta ruina, ¿qué daño puede hacer?...

PABLO

¡Si es por usted, padre! ¡Si en bien suyo quiero que esté tranquilo y recogido!

ISIDRO

Tranquilo... ¿dices que he de estar tranquilo?... Ya lo sé; lo estoy; más que tú. Se andan á vueltas por tu cabeza, como siempre, las ideas: muchas, millones, millones... Yo no tengo nada más que una; pero tan clara, que es fija; tan clara, que se me ha quedado sola en todo el cráneo. Así no tengo que pensar. Y así no sufro. Pero consentidme que me esté en la sala, al paso... donde se vea, y nada más, el camino de la puerta, aquí... ¿consientes, Pablo?

PABLO

¿No olvidará usted lo prometido?

ISIDRO

¿Qué más promesa?

Trata de levantar el brazo derecho.

Pesa un mundo... ¿puedo, Pablo?

PABLO

Puede usted recogerse donde quiera.

Van á andar otra vez.

No. Dale el brazo, Gloria, y mándanos á Engracia. Tú quédate, Enrique.

Se organiza todo como indica PABLO y éste se sienta, en una silla junto á la mesa, sosteniendo su cabeza entre ambas manos.

ENRIQUE

Desde la puerta, al desaparecer GLORIA y el viejo.

¡Pobre viejo!

PABLO

Será el primero en desplomarse... ¡Feliz de él!

ENRIQUE

Desde la puerta siguiendo al grupo con los ojos.

Un hombre que habrá sido demasiado bueno y que morirá de puro serlo.

PABLO

Ó una moral, que habrá sido poco humana y que acabará agarrotándose á sí misma.

Aparece ENGRACIA por el fondo.

ENRIQUE

Avisando á PABLO.

Engracia.

ENGRACIA

Señor...

PABLO

Engracia... Acércate más.

Da ella unos pasos.

Si la señora vuelve pronto, es posible que yo tenga que hablar aquí con ella, y á solas, un mo-

mento. Cuida de que no nos interrumpen ni el señor Isidro, ni la señorita Gloria. Pero, en último término, si no puedes contener á mi padre, déjale... Tú no abandones un minuto á Gloria, desde que esté aquí la señora. ¿Me has entendido bien? No te apartes de su lado, y procura entretenerla y distraerla.

ENGRACIA

Así lo haré.

PABLO

¡Y mira que si lo haces así, le salvas la vida!

ENGRACIA

Bien está, señor...

Se enjuga los ojos con el delantal y sale diciendo.

¡Por mi madre que esté en gloria, señor, que nunca pensé tomarles en estos años tanta ley! ¡Si es que no sé lo que me pasa, y lloro sin querer!

ENRIQUE

Vete, vete.

Sale ENGRACIA.

PABLO

Y tú también, Enrique, cuidame á Glorita. Lo mejor sería que no se enterara. Si eso no es posible, vamos á procurar entre todos por ella, y ¡quién sabe! Lámpara de tan poco aceite, que parece que un soplo iba á apagarla, tal vez mañana nos hará vivir á todos.

ENRIQUE

Al volver GLORIA.

Ella...

PABLO

No la dejes.

GLORIA

Entrando.

El pobre viejo es bueno; se aquietó. Dice que ha vuelto porque se sentía enfermo y que tenemos que cuidarle mucho. ¡Vaya si le cuidaremos!

PABLO sigue observando por la ventana.

Todavía recuerda que alguna vez, á escondidas de todos en la casa, hasta de Carmen, yo le pegaba los botones y le remendaba el uniforme. No lo olvida. Y lloraba diciéndolo. Cuando se pone así, parece un niño. Me prometió no moverse del comedor, donde le dejé tranquilo y sin coñac. Y ahora, cuando entre Carmen, tendrá una sorpresa.

ENRIQUE

Yo no soy partidario de esperarla.

GLORIA

Como en súplica.

¡Yo sí!

PABLO mira con mayor insistencia por el ventanal.

¿Qué miras, Pablo?

PABLO

Dominándose.

Nada; el cielo.

GLORIA

¡No!

ENRIQUE

¿Tú qué sabes?

GLORIA

Lo tengo medido. Hay que mirar desde el tercer cristal para ver un poquitín de azul ó algunas estrellas á estas horas.

Repentinamente se para á escuchar

Esperad. ¡Carmen!

PABLO

¿Carmen?

GLORIA

No me cabe duda; oí su voz.

ISIDRO

Su voz, dentro.

¡Suelta, Engracial!



PABLO

¿Con quién habla?

GLORIA

Con Isidro.

ISIDRO

Su voz, dentro

¿Adónde va la descastada? ¿espera

PABLO

¡No!

GLORIA

Déjame... ¡voy!

Y desde la puerta grita:

¡Aquí, aquí, Carmen!... ¡No la detenga usted, señor Isidro!... ¡La llama Pablo!... ¡Carmen, Carmen!

Aparece CARMEN en la puerta: como de costumbre, trae unas flores en la mano.

¡Aquí está!... ¿no os lo decía? ¿tenéis algo que echarle en cara si llega puntual, por mí, por no disgustarme, porque estoy enferma? ¿La queréis más buena?... ¿La queréis más buena?...

Va á abrazarla.

¡Carmen, Carmen

CARMEN

Espera...

GLORIA

¿No me abrazas?

CARMEN

Dándole las flores y como si hubiera sido por ellas el no abrazarla.

Toma: para tí; las escogí yo misma, una por una. Quería que esta noche tuviérais la mesa bonita, por lo menos.

GLORIA

¿La queréis más buena, Pablo?

CARMEN

Viendo entonces á su marido.

¡Pablol... ¿has hablado á mi padre?... ¿me esperabas?...

PABLO

Sí.

CARMEN

Aquí estoy.

GLORIA

¿No vienes?... ¿no me ayudas á arreglar la mesa?

CARMEN

Ahora no; después...

GLORIA

¿Quieres que yo me quede?

PABLO

No; Glorita.

GLORIA

Entonces dame un abrazo.

CARMEN

¡ luego.

GLORIA

Hasta luego.

ENRIQUE

Procurando llevarse

Basta, Gloria.

GLORIA

Adiós.

ENRIQUE sale con GLORIA por la lateral derecha.  
Quedan solos CARMEN y PABLO.

CARMEN

¿A qué vino mi padre?

PABLO

Cerrando la puerta del fondo.

Sin levantar la voz; podría ser la muerte para esa pobre criatura y creo que lo sentirías tú también.

Viniendo á primer término.

¡Respóndeme, Carmen!

Hay una pausa en que los dos se miran ampliamente.

CARMEN

Pregunta.

PABLO

Como la tarde aquella en que le eché de casa por mentir ¿recuerdas?, tu padre ha vuelto... á pagar su deuda, dice. Día por día, y dejándose años de su vida en cada uno, ha estado siguiendo tus pasos: piensa en los peores para decirme si miente ó no miente.

CARMEN

No miente.

PABLO

Yendo á ella, impulsivo, amenazador.

¡Carmen!

CARMEN

¡Mátame si quieres: es verdad!

PABLO

¡Y vuelves!... ¡Y todavía esta tarde, esta mujer, sin que el remordimiento la hiciera temblar, ha tenido fuerzas para inclinar su frente y ofrecerla á que mis labios la tocan!... ¿Pero no pensaste, Carmen, que eran tus rodillas las que debían inclinarse hasta tocar el suelo?

CARMEN

Esta tarde, no tenía para qué temblar; podías besarme...

PABLO

¿Y ahora también?

CARMEN

Después de un gran esfuerzo, bajando la frente.

Ahora no.

PABLO

¡Maldita seas!

CARMEN

Como arrancándose de su presencia, ciega.

¡Dios te escuche... y déjame salir!

PABLO

Sujetándola bruscamente por un brazo y obligándola á caer en una silla.

¡Atrás, no hay paso! Antes, confiesa; y si la palabra te parece demasiado noble para un crimen, dime la causa, la intención, el nombre; así, de plano: ¡canta!

CARMEN

¡Pablo!

PABLO

¡Canta!... No te apures, yo te ayudo... ¿Quintana, verdad, Quintana? ¡Responde!

CARMEN

Sí; me esperaba. A pocos pasos, en la calle. Tal vez yo te habría obedecido. Pero él se anticipó; me conocía. Y ha sido un minuto de infierno, desde que le repetí tus órdenes y aquel hombre se quitó la careta para hablarme como no me había hablado nunca. Y ha sido horrible, porque recordé tus palabras de hace un momento: ¡mi afán de trepar, perdiéndonos á todos! Como yo no cedía, él se vengaba... No he podido resolverme á hacer tanto daño—y eso es todo. Pero el precio no lo he puesto yo: ¡se me habría exigido sangre de mis venas, abriéndolas con un cuchillo y ¡por la memoria de mi madre, te lo juro! la habría dado igual!

PABLO

Te has vendido... ¿y yo? ¿y yo, Carmen? Porque si ahora pudieras confesarme una pasión, un arrebatado ciego de esos que se meten por el alma como un huracán, arrollándolo todo, que dignifican al mismo que condenan, que hacen de un ladrón de la honra ajena un adversario digno, yo sufriría me-

nos, Carmen. ¡Yo tendría en quién saciar estos furrores de venganza, que acaban siempre en sed de sangre y que veinte siglos de prudencia humana no contienen! ¡Yo bendeciría este momento en que el hombre defiende su amor como el tigre su hembra y en que, mondo el cerebro de razón, los brazos piden brazos y los dientes muerden!

CARMEN

¡Perdóname, Pablo!

PABLO

¡No; no es eso! ¡si donde la venganza no es posible, el perdón es villanía! ¡Pusiste el corazón en esta infamia? Pues si no lo has puesto, ¿qué perdono? ¿bálsamo para qué, si no hay herida? ¡es mancha y mancha de fango nada más! ¡no llega hasta poderse perdonar! Eso lo seca el sol de un día y se lo lleva el viento del desprecio; y aunque arruina una casa, como la carcoma hunde un altar, de eso no entiende el corazón; eso á la ley, en todo caso. Pero antes de acabar: ¿Tienes disculpa?

CARMEN

Ninguna; porque, no te parece una disculpa que hasta ahora no haya visto el mal que hacía.

PABLO

¿No te lo daban á entender la gente misma y las murmuraciones de la gente y mi actitud?

CARMEN

Todo eso me parecía una injusticia y me cegaba más... Yo he podido disponer de tus consejos para todo, menos para guiarme en estos pasos, que han sido los únicos difíciles de mi vida. Yo sabía que hablarte de eso valía tanto como darte cuerpo á tus sospechas y precipitar, injusto y todo, el fallo. Tal vez si hubiéramos hablado á tiempo y tú me hubieras dicho una palabra, nada más que una palabra...

Por un gesto de PABLO.

¿Por qué no, Pablo?... no estaríamos ahora donde estamos. Pero ya lo has visto: quise esta tarde hablar y no ha habido manera; por todo consejo me has dado una orden. Y al salir, cuando necesitaba más de tu amparo, cuando instintivamente lo buscaba, porque ha sido sin reflexionar, no has encontrado otra respuesta que el sarcasmo. Injusto, Pablo. Poca mujer soy; pero no miento.

PABLO

¿Injusto?... ¿Pero no te he dicho, Carmen, que tu

padre, hace un momento, vino á rendirme cuenta estrecha de tus pasos?

CARMEN

Fueron los pasos de una criatura loca; de una mujer infame, no. Podías condenarlos; pero sin condenarme á mí por ellos. Cuando he visto con claridad, era ya tarde. Hay tantas maneras de forzar á una mujer por esos mundos, Pablo, que después de todo, el puñal, como no engaña, es la más noble.

PABLO

¿Pero tenías tú necesidad de dar esos pasos?  
¿Pero qué te proponías?...

CARMEN

Confusa; sin palabras; deseando concluir.

No, no, Pablo: ¡déjame salir!

PABLO

¡Acabemos! ¿Qué te proponías?

CARMEN

Con desaliento; con melancolía infinita.

No lo sé... Siempre me gustó vivir; no es nuevo en mí; lo llevo dentro.

PABLO

Sí, ¡Y así has llegado hasta aceptar la protección que te manchaba, por ambición de mujer, por vanidad y á veces menos: por un trapo!...

CARMEN

Reaccionando: con sincero acento.

No, no, Pablo, no; por algo más... Por algo, yo no sé... qué á mí me parecía una obligación; como mi conciencia misma: la voz más clara que tenía mi conciencia para mí. Ya, desde niña. Es como una fuerza que me lleva á intentarlo todo, sin querer. Y cuando por la primera vez mandó en mi vida, me llevó á tus brazos; conque no será tan mala. No era ambición; era otra cosa. Pero yo necesitaba tener como los que más tienen, en casa. Y todas las alegrías de la vida; y toda la abundancia; y el poder ¡y la salud, á veces!... no me explico bien... Algunos días, por esa misma protección de que ha-

blas tú, cuando se me tendía una mano, cuando podía remediar un poco nuestra situación difícil, cuando le traía flores á tu hermana ó alguna cosa que ella deseaba mucho, sentía dentro de mí como el paso de una vena de miel que me llegaba al corazón; tan dulce era aquello. Y aunque hubiera sabido que estaba haciendo mal, el gusto de aquel poco de bien traído á casa era tan bueno, que yo creo que no me habría avisado nunca la conciencia. Ahora sí; no me queda nada por decir. Puedes matarme. Ya sabes todo lo que soy: ¡mala, pero buena!

Hay una pausa larga; PABLO tiene hundida la cabeza entre las manos junto á su mesa de trabajo; CARMEN sollozando, pregunta:

¿Callas?

Y entre el ruido de los sollozos de CARMEN, PABLO levanta la cabeza. Delante de él, á la altura de sus ojos, está el microscopio. Se fija en él un instante y dice apretándole entre sus manos, con desengaño y con ira:

PABLO

¡Maldito seas! Nos enseñas á descubrir hasta lo infinitamente pequeño en el mal, ¿y para qué? Tal

vez si poseyéramos tu igual para descubrir hasta lo infinitamente pequeño en el bien, el mundo y la humanidad serían mejores!

Se acerca á CARMEN.

Carmen, esta noche, tú y yo vamos á separarnos sin remedio.

CARMEN

Pablo...

PABLO

Pero esta vez, la hiedra no se habia pegado á un murallón; dió en vivo sobre un tronco vivo y al arrancarla violentamente queda seco el árbol... Tú, sin saberlo, echaste sobre mi casa todas las manchas de una lepra; no le has evitado ni una sola: ¡vetel... Pero, antes de salir, óyeme, Carmen: ¡No, no tienes culpa! El instinto del bien absoluto estaba en ti pujante, como la zarpa de una fiera; son otros los responsables de haberlo convertido en mano de mujer infame que acaricia y pide... ¡Vete y véngate!... Si algún día vuelves á entrar por esa puerta trayendo entre las uñas las piltrafas sangrientas de un corazón corrompido que para vengarte hayas abierto, la ley se creará con derecho á condenarte; ¡pero, yo, entonces, te abriré mis brazos! ¡Yo, yo, Carmen! Te lo juro. ¡Vetel...

Aparece en el marco de la puerta el viejo ISIDRO.

ISIDRO

¿Adónde, Pablo?

PABLO

¡No, deje paso, Isidro! me dió sus razones y yo no la retengo: ¡deje paso!

ISIDRO

¿Sabes lo que haces de ella, Pablo?

PABLO

¡Deje paso!

ISIDRO

¿Nos echas?

CARMEN

¡No, padre! ¡Soy yo la que no merece estar aquí; se me cae la casa encima; se lo juro, padre! ¡Perdómenme todos!

ISIDRO

Ya... ¿Y pretendéis los dos que estando aquí me aparte?... Pues á ti, que la dejas salir, ya no te conozco, Pablo; ya no sé quién eres. Pero yo soy su padre... y ella, hasta esta raya del ladrillo, mi hija; ingrata, pero mi hija... Si llegando á esta raya, yo me aparto y ella pasa, más allá será cualquiera, será nadie... ¡No! ¡Para eso me he quedado con una sola idea! ¡¡Más la quiero muerta, que mala mujer!!

PABLO

¡Isidro!

CARMEN

¡Déjale y que él haga de su hija lo que quiera!  
¡Padre, voy!

Se abalanza hasta caer en brazos de su padre.

ISIDRO

¡Así!... ¡Ven! ¡Ven!... ¡Por fin!

Con sobrehumano esfuerzo levanta el brazo armado de un cuchillo en punta, que sepulta en el pecho de CARMEN; instantáneamente quedará mirando el cuerpo desplomado, con fijeza de idiota.



PABLO

Recogiendo el cuerpo exánime en sus brazos.

¡Padre!, ¿muerta?

ISIDRO

Dejándose caer, paralítico á medias, en una silla con salmodia que no interrumpe hasta el final.

¡Pero mál, ¡mi hija!... ¡Mál, ¡mál No me la robarán... mía... mía... ¡más la quiero!...

Por la lateral entran GLORIA y ENRIQUE, prevenidos por ENGRACIA.

GLORIA

¡Carmen! ¡Carmen!

A su hermano, descompuesta de dolor, apostrofándole.

¡Pablo! ¿No la podíais perdonar?

PABLO

Con arranque, acudiendo á GLORIA y tratando de evitarle la visión horrible.

¡Sí, Gloria, sí! ¡Ven ahora y dime y vuelve á decirme muchas veces que Carmen era buena! Tú la miraste sin egoísmo: tú la viste así... Vas á vivir, te lo juro; te he de hacer vivir para que constantemente le digas á este hombre que ha sido cruel...

Teniendo abrazada á GLORIA, se encara con ISIDRO, violento.

¿Qué ha hecho usted?... ¿justicia? ¡No, mentira! ¡Ella iba á hacer más!: ¡iba á llorar, iba á ser desventurada, habría muerto buena!...

FIN